

Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios | vol. 26 - n.º 28
e-ISSN:2610-7902 | e-Depósito Legal: Me2018000066



Iván Romero / Arroyos y nieblas / 2019 / acrílico sobre lienzo / 200 x 200 cm

Narraciones de destierro: memoria, testimonio e identidad

Narratives of exile: memory, testimony and identity

Recibido 30-08-21

Aceptado 15-10-21

Paula A. Dejanon Bonilla¹

Universidad Libre, Bogotá, Colombia

paulaa.dejanonb@unilibre.edu.co

Cristian Suárez-Giraldo²

Universidad EAFIT, Medellín, Colombia

casuarezg@eafit.edu.co

Resumen: La narrativa colombiana, en sus diversos géneros discursivos, ha servido como un lugar de la memoria, como bien lo señala Pierre Nora. En Colombia, a causa del conflicto armado, el desplazamiento forzado, el despojo de tierras y la dejación del espacio propio han sido algunas formas de una violencia que ha silenciado a las víctimas. A través de un ejercicio interpretativo de las categorías testigo, memoria e identidad, en este artículo se abordan la novela *En el brazo del río* de Marbel Sandoval y el libro de crónicas *Desterrados* de Alfredo Molano. Se encuentra que, a través del testimonio narrativo, la novela crea un cuasi testigo que usa el lenguaje de la víctima como memoria-archivo; y que las crónicas, al narrar la experiencia del desplazamiento de memorias individuales, construyen una memoria colectiva, resignificando la noción de territorio.

Palabras clave: desplazamiento forzado; testigo; memoria; identidad narrativa.

1. Doctora en Letras Modernas de la Universidad Iberoamericana (México). Docente de la Facultad de ciencias de la educación de la Universidad Libre. El presente artículo es producto de investigación del proyecto "Nuevo humanismo latinoamericano: tecnologías, epistemologías y estéticas", del grupo de investigación Ágora latinoamericana de la Universidad Libre y la Universidad de Nariño. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4226-8868>

2. Magíster en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana (Colombia). Editor y docente de cátedra del programa de Literatura de la Universidad EAFIT. El presente artículo es producto de investigación del proyecto "Del canon a las márgenes", del grupo de investigación Estudios en Filosofía, Hermenéutica y Narrativas de la Universidad EAFIT. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7130-3645>



¿Cómo citar?

Dejanon, P. y Suárez, C. "Narraciones de destierro: memoria, testimonio e identidad". *Contexto*, vol. 26, n.º 28, 2022, pp. 72-83.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ
TACHIRA VENEZUELA

Abstract: The Colombian narrative, in its various discursive genres, has served as a place of memory, as pointed out by Pierre Nora. In Colombia, due to the armed conflict, forced displacement, land dispossession and the abandonment of one's own space have been some forms of violence that have silenced the victims. Through an interpretative exercise of the categories of witness, memory, and identity, this article addresses the novel *En el brazo del río* by Marbel Sandoval and the book of chronicles *Desterrados* by Alfredo Molano. It is found that, through narrative testimony, the novel creates a quasi-witness that uses the language of the victim as memory-archive; and that the chronicles, by narrating the experience of displacement of individual memories, build a collective memory, redefining the notion of territory.

Key words: forced displacement; witness; memory; narrative identity.

Introducción

La historia de Colombia ha estado atravesada por la violencia y el desplazamiento. La lucha de tierras, desde inicios del siglo XX, generó un enfrentamiento entre diferentes facciones –Estado, guerrilla, paramilitares– que trajo consigo el recrudecimiento de la violencia y por esta causa, el desplazamiento forzado interno.

Esta problemática se ha visto reflejada en la literatura de diversas maneras. Existe una copiosa producción que se aboca a relatar los problemas de la violencia desde diferentes ángulos y perspectivas. Por un lado, están las narraciones que se centran en la lucha política y social. Por otro lado, están aquellas que centran su atención bien en el conflicto en las zonas rurales y o bien en las zonas urbanas. Todas ellas tienen una necesidad clara de construir narrativas en las que se dé testimonio de lo acaecido.

Dentro de esta producción sobre la violencia desde diferentes perspectivas y formas narrativas y textualidades, se encuentra el tema de la migración, que se ha trabajado desde la visión del exilio, es decir, desde el sujeto que tiene por obligación dejar su patria –concepto fundamental en las narraciones sobre el exilio– por motivos sociales y políticos, fundamentalmente. El otro foco de atención está puesto en el desplazamiento interno, que se da o bien entre regiones rurales, o bien de regiones rurales a ciudades. Si bien es cierto que toda pérdida de lugar genera un conflicto en la configuración de la propia subjetividad, la distinción no es menor cuando se aborda la construcción narrativa: el exiliado es un sujeto intelectual que piensa sobre su destino en relación al fin del régimen; en cambio, el desplazado es un sujeto emocional, cuyo sentido vital se va fracturando con cada movimiento, hasta quedar reducido a la supervivencia mínima posible.

En el presente artículo hacemos una reflexión en torno al segundo tipo de sujeto narrativo a partir de la novela *En el brazo del río* de Marbel Sandoval, que a través de una

estructura narrativa particular va contando la historia de dos niñas entrelazadas por la guerra; y del libro de crónicas *Desterrados* de Alfredo Molano, quien da vida a los ausentes. Su texto es una recopilación de historias que dan cuenta del fenómeno desde diferentes voces narrativas individuales, que terminan construyendo una memoria colectiva.

En el brazo del río: la ficción como expresión de un cuasi testigo a través del relato como memoria-archivo

Dentro de la variedad de novelas escritas sobre la violencia en Colombia, la obra de Marbel Sandoval sugiere una narrativa divergente frente a las novelas del mismo tipo. En la suya se encuentra la voz de las víctimas como testimonio de los acontecimientos, donde se valora su voz y la búsqueda, a lo largo de la trama, por comprender al ausente. En otras palabras, esta novela se inscribe en una serie de obras que “[...] vienen a proponer una configuración narrativa donde la perspectiva de la narración no se sitúa en la voz del victimario [...] sino que sitúa el locus de la enunciación a partir de la víctima” (Cárdenas-Santamaría, p. 38). Esto supone una focalización en dos conceptos fundamentales, el testimonio –o más bien el cuasi testimonio– y la recuperación de la memoria.

Antes de dar paso al análisis de la novela, es importante señalar, como lo menciona Cárdenas-Santamaría (p. 39), que la autora fundamenta su narración en testimonios que luego deconstruye en la ficción, para así dar paso a una identidad narrativa que recupere la vida de las víctimas a través de la memoria. En este orden de ideas, se sitúa en una especie de memoria-archivo que, como veremos, utiliza para cuestionar la construcción de la memoria oficial. O, en otros términos, dentro de esta ficción hay una denuncia sobre los abusos de la memoria –tal como los refiere Paul Ricoeur en su texto *La memoria, la historia y el olvido*– por parte de la institucionalidad que quiere dar a conocer solo una versión de los acontecimientos.

Pese a que la novela está escrita en primera persona, su estructura narrativa descansa en la polifonía de dos relatos que se entrelazan y que van dando sentido a la construcción de la trama, capítulo a capítulo, en la voz de Sierva María y Paulina. Lo anterior es importante porque cada voz es el testimonio de una singularidad dual de un mismo yo narrativo: entre el *¿quién narra?* y el *¿quién actúa?*, distinción que asume Ricoeur en *Sí mismo como otro* para evidenciar la íntima relación de una hermenéutica del sí que reconcilia los actos del discurso como acciones, (p. XXX), parece establecerse una confluencia entre la voz del testigo y la acción, o la no-acción, de la víctima.

Las dos consideraciones anteriores, la del cuasi testigo que narra y la de la acción narrativa como memoria-archivo, hacen pensar en la distinción común entre relato histórico y relato de ficción, diferenciación recurrente sobre la narratividad en la historiografía y en la crítica literaria, pero que resulta fructífera para abordar la novela en cuestión. De manera

puntual, dicha dicotomía es expuesta por Paul Ricoeur en su texto *Historia y narratividad*, donde señala que tanto el relato de ficción como el relato histórico tienen en común la construcción de la trama, aunque uno tiene estatuto de verdad y el otro, aparentemente no. Sin embargo, cuando se trabajan textos que tienen que ver con experiencias límites, como es el caso del desplazamiento forzado en Colombia, el relato de ficción es un cuasi relato histórico que intenta colectivizar la memoria que ha sido impedida o manipulada. Así, la novela constituye una especie de “[...] huella estética, que inaugura la experiencia de la pertenencia al otro y al mundo ritualizado que construye la memoria colectiva” (Dejanon Bonilla y Suárez-Giraldo, p. 150).

De esta manera, la novela se desarrolla en una idea intimista de la amistad como la forma que asume este testimonio. Las dos protagonistas de la historia se encuentran en un espacio escolar y doméstico que les permite tejer, poco a poco, su propio sentido de la existencia. Aquí la presencia del otro es fundamental. No solo porque hay un reconocimiento mutuo de la propia existencia, sino porque, en este caso, el otro funge como aquel que debe ser acogido como prójimo:

La proximidad sería así la réplica de la amistad, de esa *philia*, celebrada por los antiguos, a mitad de camino entre el individuo solitario y el ciudadano definido por su contribución a la *politeia*, a la vida y a la acción de la *polis*. Igualmente, los allegados se mantienen a mitad de camino entre el sí y el se, hacia el cual derivan las relaciones de contemporaneidad descritas por Alfred Scutz. Los allegados son otros próximos, prójimos privilegiados. (Ricoeur, *Educación y política*, p. 172)

En este orden de ideas, Sierva María acoge a Paulina, no como la otra, la desplazada, diferente de mí; sino como la amiga, sufriente como yo. Esto implicará un alto sentido de responsabilidad con la voz del otro, como veremos más adelante.

Las dos niñas tienen condiciones de vida diferentes y es en este contraste donde va tomando fuerza el concepto de identidad narrativa. Dicho de otra manera, Sierva María se construye a partir de la relación que entabla con Paulina, y finalmente, la vida de Paulina será reconstruida a partir de la palabra pronunciada por Sierva María. Aquí cobra fuerza lo que Mèlich señala: “[...] la identidad humana, configurada en los relatos de los supervivientes [...] será una identidad narrativa” (p. 13). La narración implica, entonces, una búsqueda del otro en la palabra.

Esa búsqueda, además, está vinculada a la esperanza de dar o encontrar un sentido a lo que en apariencia no lo tiene; por eso dice Grondin que: “La vida puede ser sentida o experimentada a menudo muy justamente, como un sinsentido, pero solo a condición de que la acompañe la espera del sentido” (p. 32). La fractura que sufren los sujetos de la novela encuentra una razón de ser precisamente en la espera que, como afirma Ricoeur, es lo análogo a la memoria (*La memoria...*, p. 169).

Así, la novela nos va mostrando diferentes escenarios donde emerge la espera, a veces como pausa y a veces como desplazamiento de la resignificación del mundo. En una primera

instancia se nos relata lo siguiente:

La llegada a Barrancabermeja no fue fácil porque nos tocó dejar la tierra y la casa de un día para otro, apenas un mes después de que mataran a mi papá. [...] A mi papá lo mataron en noviembre, en Puerto Berrío, y no entiendo por qué, solo supimos que lo balearon un domingo de mercado. Lo velamos en el mismo pueblo y lo enterramos allá, después nos vinimos a nuestra casa en la Vega, [...] nunca sentimos la casa vacía. [...] Era como si todo se hubiera callado en simultánea: los pájaros no cantaban, el viento no movía las hojas, incluso el río parecía que bajaba más lento. (Sandoval, p. 22)

La voz narrativa en este apartado pertenece a Paulina. Ella va relatando poco a poco los acontecimientos de su tragedia, va mostrando cómo fue perdiendo los referentes que le daban sentido a su existencia. Esto quiere decir que el sujeto se ve fracturado, subsume, y se escinde en el pasado, que parece quedar detenido en ese tiempo que describe como inmóvil. Si en el ejercicio de “la conciencia íntima del tiempo se cierra, desde el inicio, sobre sí misma” (*La memoria...*, p. 146), en el acto de la rememoración que se lleva a cabo en esta memoria-archivo la percepción cronológica opera para recalcar la ausencia, “el repentino fulgor de una identidad perdida. [Para comprender el pasado, no] ya como génesis, sino como el desciframiento de lo que somos a la luz de lo que ya no somos” (Nora, p. 31). Y en el acto del cuasi testigo, es decir, en el relato de Sierva María, opera la fuerza heurística de la presentificación de ese otro en la diégesis existencial de ese continuo presente que resulta ser la vida.

Otro elemento que vale la pena destacar en esta construcción de memoria tiene que ver con la importancia simbólica del lugar, puesto que la memoria se construye a través de la relación entre temporalidad y espacialidad, pues “hay lugares de memoria porque ya no hay ámbitos de memoria” (Nora, p. 19). En este orden de ideas, el colegio y la casa de Sierva María fungen como espacios de configuración de la existencia pasada, y la existencia futura. Allí, cada niña inicia un recorrido de resignificación simbólica que les permite establecer nuevas relaciones con el mundo, sobre todo a Paulina. Ese espacio le permitirá iniciar no solo un proceso de duelo, sino que encontrará una nueva comunidad, una nueva relación con los próximos. Y es justo en esa relación en donde su experiencia se ve justificada y su relato encuentra un lugar:

Es bajo esta noción de espacio como referencia, en donde los sujetos pueden definirse a sí mismos, y a los otros, que nos da la oportunidad de acercarnos a una conceptualización del espacio visto como un cúmulo de relaciones materiales e ideales, que guardan una estrecha relación con una noción de espacialidad del accionar humano guiada por la identidad espacial. (Reyes Tovar, p. 7)

Paulina, entonces, va reconfigurando su existencia en este nuevo espacio que le permite justificar la experiencia vivida. Es el colegio, particularmente la catequesis, el que le permite establecer nuevas maneras de comprender su identidad. Para Sierva María, la relación con el lugar es diferente. Pasa de la pasividad de la vida cotidiana a la atención

constante y consciente de una vida que merece la pena ser vivida. Su identidad narrativa se va construyendo a la luz del encuentro con Paulina, quien le devela un mundo que nunca antes había explorado, el de la felicidad y el de la tragedia. Hace de Paulina su referente simbólico más importante y construye la reflexión sobre su subjetividad a la luz de ella, y esto lo hace de dos maneras. Por un lado, ese encuentro con el otro es un encuentro con lo semejante; la diferencia de personalidad solo acentúa la necesidad de explorar el otro desconocido. Por otro lado, frente a la tragedia, el personaje transforma la narrativa sobre sí misma para dar cabida al relato del ausente. Una vez que su amiga desaparece, la vida de Sierva María se convierte en una vida digna de ser contada, es decir, ve en la vida de Paulina una especie de obra de arte pues su palabra encarna el relato del ausente, de la víctima, puesto que: “las víctimas solo pueden dar testimonio silenciosamente a través del lenguaje del autor del relato” (Mèlich, p. 21).

Lo que le pasó a Paulina solo lo puede saber ella y los que lo hicieron, porque aquí llegaron las noticias ya con los hechos terminados, es decir, con las publicaciones de prensa y con los campesinos que empezaron una romería por el río hasta que fueron como tres mil los que se tuvieron que apretujar en los patios de las escuelas y en los parques. (Sandoval, p. 24)

En este punto de la narración, esa memoria individual que quiere ser recuperada se hace memoria colectiva. La desaparición de Paulina, la imposibilidad de salir a su encuentro, devela la circunstancia de toda una comunidad. Sierva María recupera las voces de las víctimas, trata de rescatar del olvido a la palabra silenciada. Desde esta perspectiva se comprende la acción de la protagonista cuando hace un arduo trabajo de memoria al buscar compulsivamente alguna respuesta en recortes de periódico para “luchar contra el olvido” (Ricoeur, *La memoria...*, 51).

Esto es precisamente lo que hace el texto de Marbel Sandoval, en simultáneo nos va relatando el testimonio de dos personajes que viven de manera diferenciada el conflicto. Por un lado, Sierva María se aboca a la recuperación de la memoria de Paulina. Busca en los recortes de periódico algún indicio de su existencia. Su pesquisa, por otro lado, le revela una suerte de memoria impedida que trata de ajustar los hechos a la conveniencia ideológica del establecimiento, tal como se ve en las notas de periódico que aparecen al inicio de los relatos. Este contraste muestra la importancia de la construcción de la memoria, y sobre todo de dar valor al testimonio de la víctima. Por otro lado, está la voz narrativa de Paulina, que se elabora como presencia fantasmagórica de los acontecimientos. Su voz, su testimonio sin testigos, muestra la responsabilidad que se tiene con los ausentes, es la importancia de la ética de la memoria, y del hombre capaz que, al escribir, se hace responsable de lo acontecido, que paga, como afirma Ricoeur, la deuda que se tiene con los sufrientes, con los que padecieron lo inenarrable, lo injustificable.

Cerré los ojos y me dejé ver los cuadros de mi vida: mi mamá desplumando una gallina, mi papá cubriéndome con su sombra, la tibieza de un huevo recién recogido en el gallinero y puesto contra mi mejilla, los ojos de mis hermanas, la voz del maestro Juan José, la atención solícita de Sierva María, las catequesis de los sábados, todo aquello que ya no podría volver a ser porque sabía que me estaba muriendo y esa noche la muerte era una liberación, como el dios liberador que busqué desde que lo mencionó el padre Eduardo. Vi mi cuerpo tendido, largo, flaco, maltratado, mis párpados cerrados y dos lágrimas tibias en mis ojos, como una última señal de la vida que se iba con mis sueños y de la vida que se quedaba oscura, sin mi luz. (Sandoval, p. 132)

Desterrados: testigos del desarraigo o de la memoria individual a la memoria colectiva

El problema de la migración, la diáspora o el desplazamiento forzado no es solamente un problema geográfico. Esta desterritorialización implica que el sujeto que padece y sufre este mal se fracture y pierda los rasgos más propios de su identidad. La narración de su vida queda en epojé. A esto se le suma que, en ese movimiento de espacialidad, los individuos que se mueven lo hacen, de algún modo, también con su comunidad, y con sus referentes del mundo. Al respecto Reyes Tovar afirma que: “Los migrantes llevan consigo la representación simbólica de su territorio, de esta forma a través del proceso de migración, se puede abandonar físicamente el territorio, pero no se pierde la adscripción simbólica y subjetiva que se posee en su lugar de origen” (p.3).

El texto de Alfredo Molano, *Desterrados*, ofrece una mirada del conflicto desde el testimonio de diversos personajes a través de la crónica, testimonios que se van convirtiendo en la recuperación de una memoria individual que eventualmente dará paso a la memoria colectiva, como trataremos de demostrar en esta reflexión.

Está compuesto por ocho relatos cortos. Los personajes de cada relato van manifestando la pérdida del mundo, de su vida, de sus tradiciones. Cada uno de los personajes carga con las huellas que les dejó la violencia. Y sin bien recuerdan el pasado, su trabajo de memoria no permite el duelo. Es el lector el que interpreta los testimonios y les da sentido, es el lector quien encuentra la necesidad de explicar y comprender lo acaecido. Para Paul Ricoeur, esta acción de interpretación hace parte del ejercicio del historiador (*La memoria...*, p. 319), pero en este caso también es el ejercicio de la comunidad que espera que estos acontecimientos del pasado nunca vuelvan a ser repetidos.

Así pues, la obra da inicio con un relato de carácter autobiográfico. El autor relata su situación de exiliado político en un país extranjero y cómo de alguna manera se va haciendo a una nueva vida lejos de su cultura: “No deseaba echar raíces lejos de mi patria, así aquí no me sienta un extranjero. El exilio, a pesar de todos los dolores que ha significado, me ha enseñado a mirarle la cara a la soledad que siempre anda conmigo y a no tener más que lo que llevo puesto, para no perder la libertad de regresar” (Molano, p. 22). Lo anterior muestra un punto de inflexión importante, que ya señalamos anteriormente: hay una diferencia vital entre el exiliado y el desplazado. El exiliado siente nostalgia por su patria, se hace con mayor

facilidad al mundo nuevo que ha elegido para reconstruir su vida, aunque eso no implica que no tenga “profundas crisis emocionales y físicas” (Zamora, párr. 56). Tampoco quiere decir, siguiendo a María Zambrano (2013), que no tenga un sentido de pérdida de la vida pasada. El exiliado tiene la esperanza de volver a su patria. Espera, aun cuando se ancle al pasado, a que las circunstancias le permitan recuperar la vida que dejó detenida. Para el desplazado, la ruptura con su vida anterior representa una fractura de forma irremediable. No puede elegir un refugio seguro, tiene que seguir con su vida en un estado de permanente sobrevivencia.

Aun así, hay un punto en común que radica en la importancia cultural, pues permite al individuo situarse en una comunidad definida. Dicho en otras palabras, el territorio hace parte de la identidad individual y colectiva de un pueblo. Lo anterior se conecta, además, con nuestra propuesta de comprender el paso, a través de los relatos, de una memoria individual a una memoria colectiva, en la medida en la que el narrador del primer relato reconoce la importancia de contar el drama de la comunidad a la que él mismo pertenece. Este reconocimiento tiene de suyo un valor capital en tanto que la memoria es también “un constructo social” (Bauzá, p. 101).

Al terminarlo [de escribir el libro] comprendí –agachando la cabeza con profundo respeto– que el drama de mi exilio, a pesar de sus dolores, es un pálido reflejo de la auténtica tragedia que viven a diario millones de desterrados, exiliados en su propio país. (Molano, p. 26)

En este orden de ideas, el autor reconoce la importancia de dar voz, desde la distancia, a las víctimas. En cada relato, los personajes se encuentran en el mundo de su tradición, dentro de regiones rurales específicas. De los ocho relatos nos vamos a concentrar en tres: Ángela, Osiris y el Barco Turco. Cada uno de ellos representa una historia de vida que permite establecer la importancia de una ética de la memoria, como lo señala Mèlich: “La ética de la memoria es una ética de palabras múltiples y, por lo tanto, del silencio, que no es el fracaso o el fin de la palabra, sino una forma más intensa por la que la palabra puede expresarse” (p. 30) Siguiendo con esta idea, cada relato es el final del silencio, es la necesidad de narrar la historia del otro, que hace parte, a su vez, de la historia comunitaria y colectiva de un país. Es la manera de crear una tradición narrativa que permita comprender y reflexionar sobre los hechos acontecidos a los agentes que los padecieron, puesto que: “No hay recuerdo sin vida social, ni vida social sin recuerdo” (Bauzá, p. 101).

En el relato de Ángela asistimos a la particular forma de ver el mundo de una niña pequeña, que si bien no tienen muchos recursos, sí tiene un cosmos propio donde encuentra su sentido del mundo que se rompe una vez que la violencia se instaura en la región: “Cada rato íbamos al río, sobre todo por las tardes, a fresquiarse, hasta mi papá nos prohibió volver a porque comenzaron a bajar muertos flotando y no quería que nosotros viéramos” (p. 40). De ahí en adelante todo es en bajada. El conflicto es cada vez peor y las condiciones de la familia

de Ángela empeoran con el tiempo. Finalmente, la huida del padre y posteriormente la de la familia, demanda de ellos una reterritorialización (Reyes Tovar, p. 3). En esta nueva circunstancia, los personajes tienen que construir nuevos lazos en un lugar que por lo general no les da la bienvenida. Ellos se convierten en los otros, se encuentran en una minusvalía social (Mèlich, p. 33) que no les permite hacerse a una comunidad nueva: “Aquí no tengo amigas y no tengo cupo en la escuela porque hay mucho niño y no les gustan los que vienen de afuera” (Molano, p. 48). Al perder los referentes conocidos, la narrativa de la vida no solo se transforma, sino que queda suspendida por la necesidad de reconocimiento.

Por otra parte, tenemos el relato de Osiris. Con él podemos seguir a Mèlich cuando se pregunta: “Pero ¿cómo contar la tragedia? ¿Cómo contar el horror? ¿Puede la escritura ser capaz de transcribir el dolor y el sufrimiento inútil y extremo?” (p. 33). Quizá la respuesta en primera instancia es que, en el relato, tal como él mismo lo describe, existe una desproporción entre la experiencia y el relato; sin embargo, este abismo lo salva la “relación del mundo del texto con el mundo del lector” (Ricoeur, *Educación y política*, p. 72). Aquí el testimonio y el testigo vuelven a cobrar importancia. En la narrativa testimonial se salvaguarda la memoria de los ausentes: “los textos muestran la experiencia del superviviente” (Mèlich, p. 31).

Por tanto, en la historia de Osiris es imposible no ver en el personaje a un semejante. En ella aflora el miedo del desposeído que tiene que buscar un nuevo lugar, lo que implica construir una nueva vida simbólica. El sentido de la significación de los relatos descansa en la puesta en escena de las acciones tal y como posiblemente sucedieron. Esto da aún más valor a la identidad narrativa de los personajes. No hay un *como si*, lo que resalta la palabra poética es justo la vida desencarnada de los sufrientes. De esta manera: “la identidad narrativa es apertura a la identidad radical. La identidad narrativa no es solamente diferencia sino deferencia” (Mèlich, p. 51).

Por último, nos encontramos con el relato del Barco Turco. Si bien no es el último relato, sí recoge la visión general de los desterrados y el terror de la violencia que se ejerce sobre ellos. De nuevo, el personaje es un niño que pierde a su familia en una toma paramilitar. Buscando un nuevo rumbo quiere primero dar sepultura a sus muertos, pero lo que se muestra es que el drama del desplazamiento es doble, no solo se desarraiga a una comunidad, los muertos a su vez también son desterrados.

Toñito da inicio a un periplo en donde parece que el único destino posible es la muerte. En su trasegar lo único que va encontrando es rechazo a su existencia que se hace cada vez más ominosa incluso para sus allegados. Su tío que vive en Cartagena decide no acogerlo, a pesar que ha perdido a toda su familia. Aun así, Toñito encuentra la manera de ser reconocido en un mundo nuevo: la comunidad que hace con otros niños de una edad parecida que han vivido experiencias similares. Si bien es cierto, siguiendo a Emma León Vega, que la construcción de identidad tiene que ver con la propia forma de entender el mundo, en el caso de la narrativa colombiana el miedo compartido es una forma de

configurarnos en una existencia relativamente nueva, pero, de nuevo, compartida:

Miedo a que llegara alguien, miedo a que no llegara nadie. Miedo a la noche, miedo al tigre. Miedo a los muertos que habían matado, miedo a que hubieran caído mis papás y mis hermanos. Miedo a que no los hubieran matado sino que anduvieran perdidos por esos andurriales. El miedo siempre escoge con qué cara lo quiere a uno mirar. Lo peor es cuando lo mira con varias caras y uno no se le puede esconder a ninguna. (Molano, p. 80)

Este es el caso del personaje del Barco Turgo, su forma de sobrevivir es a través del miedo que le producen los otros. No porque lo señalen, sino porque el señalado, desemejante, representa una manera para el orden cultural establecido y normalizado como único posible. Por tanto, vive en esta comunidad de niños que se alimentan de los despojos de la ciudad de Cartagena, pero como son una presencia que incomoda y hay rechazarla y por esto son asesinados:

Un día encontramos una puerta para dormir y allí hicimos un parche. Salíamos por la mañana y volvíamos por la noche, hasta que el dueño del almacén se disgustó y nos echó la ley. Entonces, en venganza, le pinchamos las llantas del carro y nos abrimos. Hicimos el parche en una alcantarilla que tenía una sola entrada. Era como un hueco largo y allí nos metimos. Hasta que una noche, como a las dos de la mañana, oí un ruido como de alguien hablando; los otros estaban volando porque había sacoliado, pero como yo tenía esa vez mucho dolor de cabeza, no quise meter. Cuando me di cuenta estábamos ardiendo. Yo salté gritando y como fui el primero en despertarme, las llamas no habían cogido fuerza. Pero de todas maneras, una pata se me alcanzó a incendiar; los otros no pudieron salir. Se murieron como pollos en un asadero. (Molano, p. 89)

El no reconocimiento de la existencia del otro, de su drama humano, autoriza al que se siente autorizado a exterminar la diferencia a como dé lugar. Entonces, la importancia del relato cobra aún más relevancia. El testigo, en este caso Toñito, muestra la brutalidad de la vida que se va tragando a los que ya han sido desplazados y luego desaparecidos. Pero en su palabra se encarna la vida del ausente al hacer que el drama de su propia vida se pueda volver parte de las narraciones que configuran la memoria y la historia de un país en permanente conflicto. Su experiencia de vida es una manera de ver con otros ojos a las víctimas, su voz sensibiliza a la comunidad que no ha tenido contacto con los vejámenes de la guerra.

Finalmente, en estos relatos podemos ver la siguiente idea que Bouzá:

La vida social forma parte de la memoria colectiva, al mismo tiempo que es ella misma la que construye esa memoria, sus actores, lingüísticamente mancomunados, son conscientes de compartir un pasado que actualizan en su presente y proyectan hacia el futuro como forma de protección frente a lo incierto del porvenir. (p. 104)

En este sentido las crónicas de Molano aparecen como una necesidad de hacer memoria a través de la palabra. Pero necesidad no solamente es para dar voz al ausente, a su

memoria individual, sino para configurar maneras de comprender los sujetos que somos, como una forma de considerar que en el relato de los otros y del sujeto en primera persona se encuentra también el relato del nosotros.

Una coda a manera de conclusión

En Colombia, como en otros países de Latinoamérica, la literatura ha hecho parte de la configuración de la memoria de una población asediada por el conflicto. Cuando se quiere suprimir el aspecto veritativo de la memoria, la ficción, compone, de manera imaginativa, eso que se quiere dejar en el olvido.

De esta manera los testimonios permiten alejar el asedio del olvido. El testigo narra lo que vio, lo que escuchó, y, en suma, trae al presente las voces silenciadas. En los dos textos aquí analizados encontramos la presentificación del otro, del que vive el conflicto en carne propia, del que necesita reconstruirse a la luz y a través de la identidad narrativa. Y este orden de ideas, al leer los cuasi testimonios, entendemos la responsabilidad no solo del superviviente, sino de la comunidad. El trabajo de memoria si bien, es individual, también debe permitir vernos como comunidad de agentes de una historia particular.

El dar nombre al conflicto y a sus actores, bien de manera ficcional, bien de manera historiográfica, permitirá, en el futuro, que se restituya un tejido social, abatido por la confrontación de la otredad y la desemejanza. Los textos invitan al lector a ser un prójimo-interlocutor de los personajes, a ver a los ojos a los testigos, a reconocer en ellos la herida que emana de su palabra.

Referencias

- Bauzá, Hugo. *Sortilegios de la Memoria y el olvido*. Akal, 2015.
- Cárdenas-Santamaría, Jorge Andrés. "Panorama de la literatura sobre conflicto armado en Colombia, siglos XX y XXI. Consideraciones sobre su desarrollo y su evolución narrativa. (2017-2018)". *Revista Hallazgos*, vol. 15, No. 29. 2018, pp. 19-44.
- Dejanon Bonilla, Paula A. y Cristian Suárez-Giraldo. "Cuerpos, sentidos y memoria o cómo situar la existencia de lo perdido". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, vol. 8, No. 16. 2019, pp. 149-157.
- Grondin, Jean. *Del sentido de la vida*. Herder, 2005.
- León Vega, Emma. *El sentido de lo Ajeno*. Anthropos, 2005.

Mèlich, Joan-Carles. *La ausencia del testimonio*. Anthropos, 2001.

Molano, Alfredo. *Desterrado*. Alfaguara, 2013.

Nora, Pierre. *Los lugares de la memoria*. Trilce, 2008.

Reyes Tovar, Miriam. "La desterritorialización como forma de abordar el concepto de frontera y la identidad en la migración". *Revista Geográfica de América Central*, vol. 2.2011, pp. 1-13.

Ricoeur, Paul. *Sí mismo como otro*. Siglo XXI, 1996.

Ricoeur, Paul. *Historia y narratividad*. Paidós, 2009.

Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia y el olvido*. Trotta, 2010.

Ricoeur, Paul. *Educación y política*. Prometeo, 2009.

Sandoval, Marbel. *En el brazo del río*. Diente de León, 2018.

Zambrano, María. *El exilio como patria*. Anthropos, 2013.

Zamora, Ana Esteban. "El desarraigo como vivencia del exilio y de la globalización". *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, 2006. <https://doi.org/10.4000/alhim.708>